





—Ahí llegó don Poli, dicen los inquilinos.

Y él grita:

—¡Guadalupe, hija! ¡Guadalupe!...

La mujer sale a la puerta; no ignora que de otra suerte don Poli es capaz de pernoctar junto al álamo sin avanzar un paso.

—Anda, viejo sinvergüenza...

—¡Guadalupe, por Dios! Hecho astillita vengo...

Y avanza hacia el hogar, doliéndose...

—Hecho tricitas... ¡Ay! Guadalupe.

Duerme la borrachera, después de recibir pescozones y retos. Y cuando se levanta, va a sentarse sobre la piedra de molienda, en el corredor; lía un cigarro y reflexiona, aquilutando el precio de la pasada tomadura. A veces le salen caras: todo el dinero que llevaba, más el poncho... y la montura, señor, que se le dejaron descabalada: sin peleros, sin chicotera y sin lacillo... ¡Qué bien hizo en no poner el lazo! Y se duele muy sinceramente de lo sucedido; hace deducciones: a continuar las cosas así irá a parar abajo. ¡Qué puede durar en tales condiciones? ¡Ni aún cuando se decidiera a la corazonada de no pagar lo que quedó debiendo en "El Crédito del Pobre"! Pero luego recuerda a Guadalupe, a su mujer. Tan sufrida la pobre!... Y descansa en ella y un reconfortante optimismo lo hace juzgarse con menos severidad. Y a medida que el cigarro de hoja se consume debajo de su mostacho verdo-so y colorín, don Poli domina la situación, se posesiona del mundo y de las cosas y le planta a sus angustias este remate firme como una lápida:

—El cristiano tiene su sino, aunque digan lo contrario.

Guadalupe me dijo un día:

—Su mercé puede hacerme un servicio: hablarle a Poli. No le hace caso a nadie, pero a Ud... Métele miedo, amenácelo... Es desgracia muy grande, señor, que a su edad haga lo que hace. Los niños, ¿qué respeto van a tenerle? Bueno está que yo cargue con todo y todo lo haga; pero para algo está el hombre en la casa... No puede su mercé carcular lo que este viejo se ha tomado.

Prometí la intervención para un momento oportuno; había que hablarle sobre sano, porque en el otro estado...

Y llegó la ocasión.

—Oye, Poli—le dije al toparlo en el camino.—Está bueno que te moderes. Lo menos que te va a resultar es que concluirás por morir alcoholizado. ¿Qué es eso de tomar y tomar y tomar? Aparte de esto si empiezas con escandalitos habrá llegado la hora de no guardarte consideraciones y hacerte meter en chirona. Bueno es que el hombre se

divierta, pero eso de darle y darle sin descanso al codo...

Me escuchó gravemente, la cabeza gacha y la actitud sumisa. Balanceó la testa como aprobando mis observaciones. Esperaba una disculpa; pero él me dejó terminar y luego me dijo:

—No se esté creyendo su mercé que todo ha de ser así. La verdad es que al cuerpo no hay que darle gusto. ¿Pide agua? No hay que darle agua: póngale vino... ¿Pide vino? Bueno, se le da vino; porque no todo ha de ser rigor...

No era fácil replicarle; pero cuando la mujer ha vuelto a solicitar mi intervención le he recomendado de todo corazón:

—Guadalupe, déjelo tomar...

RAFAEL MALUENDA.

